

## **La venganza de las moléculas, por Carlos Vicario Espinosa.**

Hola, buenos días, soy una molécula de celulosa compuesta por 10 417 subunidades de D-glucosa unidas por un enlace B(1-4) formando una larga cadena lineal, y quería que conocieses mi historia.

Verás, como la mayoría de mis congéneres, fui sintetizada en una célula vegetal para formar parte de su pared celular, de modo que ésta cumpliera apropiadamente su cometido de transporte de savia hacia las hojas.

En fin, ya sabemos que la vida nunca nos da todo aquello que ansiamos; el caso es que a mí me hubiese gustado pertenecer al centenario y arrugado tronco de un roble o a la esbelta y firme columna central de un abeto, o a un haya o a un abedul, o yo que sé, pero la suerte me esquivó como lo ha hecho durante toda mi existencia y me tocó un aceitoso y malvado eucalipto, producto de una reforestación masiva e irracional de los montes de Cantabria. Así que ya ves, aunque un poco defraudada, cumplía a la perfección mi misión de protección y aislamiento, porque de otra cosa, quizás, pero de falta de profesionalidad nadie me podrá criticar nunca. De todos modos me sentía incapaz de hallar el estímulo necesario para que el entusiasmo me ayudase a mejorar mi función, porque mi destino y el del resto de mis compañeras estaba marcado hacía mucho tiempo desde un despacho, salvo que un incendio forestal lo remediase, a veces incluso provocado por los mismos ecologistas.

Total, que todas sabíamos que a los veinticinco años de vida nuestro eucalipto sería talado y posteriormente, lo más probable, que sería convertido en papel. Todas las moléculas de celulosa soñábamos con atractivos destinos. Yo en concreto anhelaba ser usada en alguna de las páginas de un libro de Shakespeare para perpetuarme de este modo, convirtiéndome desde mi modestia en parte de tan impresionante obra. Aunque no tenía ninguna preferencia quizá si me hubieran permitido elegir me habría inclinado hacia Romeo y Julieta, tampoco acertaría a explicarte el motivo, tal vez he sido siempre un poco romántica e ingenua.

Así que de este modo transcurría nuestra existencia entre trabajo y sueño. Nuestros veinticinco años “erecta” pasaron rápidamente, tras los cuales la cruel y rigurosa sierra mecánica tumbó nuestro eucalipto. Lo cierto es que el golpe fue tremendo, e incluso alguna de mis moléculas de D-glucosa sufrió algún trastorno transitorio. Tal y como preveíamos, nuestro destino fue una gran industria papelera, porque al parecer la madera del eucalipto no es especialmente valorada por los humanos para hacer muebles y objetos similares. En resumen, allí nos hicieron un montón de cosas, lo

primero, trocearon los troncos y después de varios procesos transformaron la madera en una pasta blanquecina en la que casi sólo quedábamos las moléculas de celulosa. Después nos dispusieron en delgadas láminas y , casi sin darnos cuenta, ya éramos papel. Una cosa nos alegró bastante a casi todas las moléculas de mi lámina y es que, al parecer, no se emplearon sustancias cloradas para darnos ese apreciado color blanco, y por eso nos imprimieron un sello donde ponía “papel ecológico”, y eso significaba, entre otras cosas, que no ayudaríamos a aumentar la contaminación, lo cual quieras que no, le satisface a una bastante. Cuando todo el proceso terminó fuimos cuidadosamente ordenadas en grandes pilas e introducidas en enormes camiones que nos llevaron a nuestro destino; yo seguía anhelando una pequeña editorial para cumplir mi sueño, por eso durante el viaje estuve sumamente nerviosa, sin embargo, nuestro camión se detuvo ante un gran edificio donde ponía “A.B.C.”. Así que de Shakespeare al parecer, nada de nada, el futuro me tenía reservado formar parte de un diario, y encima conservador; mi única esperanza era la reencarnación, es decir, el reportaje. Dentro de las instalaciones del periódico fuimos volteados por innumerables máquinas para finalmente llegar a la imprenta, donde nos fueron embadurnando de una asquerosa tinta negra. Gracias al íntimo contacto que tenía con el resto de las moléculas de celulosa pude enterarme de que había sido integrada dentro de una página titulada “Anuncios por palabras” y que sobre mí había sido escrita parte de una letra “S” perteneciente a la palabra “VISA”. Ninguna vecina acertó a aclararme el significado de tan enigmático término.

Tras todos estos procesos, un montón de hojas llenas de tinta fueron grapadas juntas y puestas a la venta. Lógicamente las páginas de un periódico poseen una existencia efímera, a menos que sean empleadas para un fin alternativo. Mi dueño ni siquiera puso los ojos en mi brillante “S” y, tras un día de mi vida como vehículo cultural, mis compañeras y yo misma fuimos depositadas en el montón de periódicos viejos. Todas temblábamos al pensar qué nueva sorpresa nos acechaba; por ejemplo, podíamos ser utilizadas para encender estufas de fuego, y a mí esto me horrorizaba, además de acabar convirtiéndome en dióxido de carbono y agua, podía colaborar en la destrucción de infinidad de congéneres con el único fin de calentar los pies a un humano. ¡Qué horror!. Por ello todas apretábamos un poquito a nuestros enlaces y preferíamos olvidarnos de lo que nos reservaba el futuro.

A pesar de nuestras elucubraciones quizá ninguna de nosotras podría haber imaginado tan denigrante empleo, pues íbamos a ser utilizadas en el suelo de una jaula para evitar que fuese manchado por la mierda de un pájaro amarillo al que yo no había visto con anterioridad en mi bosque de

eucaliptos. De este modo nos veíamos aleatoriamente bombardeadas por una amalgama de productos viscosos y desagradabilísimos, sin duda mucho peores que la tinta. Los dulces cantos del pajarillo apenas podían hacernos olvidar nuestra humillante situación. En fin, en ésas estaba yo cuando una noche, en el preciso momento en que el pájaro envolvía su cabeza con una de sus alas y no cagaba, una molécula vecina nos susurró que si en ese estado tan lamentable e impresentable, alguien iba a querer reciclarnos. Sinceramente todas nos estremecimos, porque la respuesta lógica y evidente era que nuestra suerte estaba echada. A partir de ese momento yo sabía cuál iba a ser mi destino, que consistía en un vertedero donde podría pasar cierto tiempo hasta ser devorada por las llamas. Menudo final para tan altas aspiraciones. Tras tres penosos días de estancia en el suelo de la jaula, sometida al bombardeo incesante de húmedas cagarrutas, mi hoja del "A:B:C:" fue arrugada desdeñosamente y arrojada al cubo de la basura. Pasados unos primeros momentos en que la indignación empapó a cada uno de mis átomos, logré aceptar mi triste destino. A partir de ese momento comencé a mirar recelosamente a mi alrededor y descubrí otro montón de moléculas con quienes compartía tan angustioso lecho. Con la primera que entablé conversación fue con una estúpida y enana molécula de mercurio formada por un solo átomo, que me dijo que provenía de una pila de electricidad; como si se tratase de dos viejas amigas estuvimos contándonos nuestras vidas hasta que un humano nos sacó del cubo en una bolsa de plástico y nos arrojó al contenedor. La molécula de mercurio me contó que a ella le daba un poco igual su destino, puesto que prácticamente ningún proceso químico podría alterar su simple estructura y que, en cualquier caso, se podía adherir a otras moléculas mayores y permanecer ahí durante mucho tiempo, y añadió que, pobre del humano que osara comérsela, pues en este caso sería capaz de provocarle innumerables trastornos. Debido a este afán de revancha decidí no prestar la menor atención a lo que acababa de escuchar y dejar a solas con sus venganzas a tan presuntuosa interlocutora.

En general, el resto de moléculas sencillas presentaban un comportamiento similar, pero ellas partían de una gran ventaja, que era la enorme dificultad para ser destruidas, con lo que la existencia se hallaba a buen recaudo y demás añadían su alto potencial destructivo cuando no recibían un tratamiento adecuado para lo que ellas definían como su categoría social. Debido a esto, decidí contactar con otras moléculas de tamaño similar al mío con quienes podía compartir mis experiencias y expectativas. Así, de este modo, primero contacté con otras moléculas de celulosa pertenecientes a otras hojas de papel, que tenían una historia muy similar a la mía y que en nada lograron enriquecer mi existencia, salvo una que pertenecía a una octavilla emitida por un grupo ecologista que, mientras éramos

transportadas y volteadas por el camión de basura, me contó que sobre ella estaba escrito nuestro futuro, que consistía en ser abrasadas en una incineradora o planta de “tratamiento integral de residuos sólidos urbanos”, como gustaba decir a la gente fina. Al parecer, los humanos lograban de este modo deshacerse de sus basuras rápidamente y obtenían electricidad gracias a su combustión, a pesar de pagar un alto precio por ello. Me contó también que el papel y el cartón eran los residuos más apreciados, pues al ser quemados desprendían gran cantidad de energía, por lo que su rentabilidad energética era muy alta. Cuando llegamos a un lugar llamado Valdemingómez y fuimos depositadas en un vertedero enorme, mi compañera de viaje me remitió a unas grandes moléculas sintéticas, llamadas P.V.C. para que pudiese recoger más información.

A pesar de la tradicional desconfianza mutua que tenemos las moléculas orgánicas y las sintéticas, me dirigí a una enorme molécula de P.V.C. Estas sustancias presentan un aspecto redondeado, bonachón, y están recubiertas por muchos átomos de cloro. Lo que esta molécula, que pertenecía a una botella de agua mineral de medio litro, me contó, constituye el principal motivo que me impulsó a escribir esta historia con testamento. Ella me explicó como todos sus congéneres eran sintetizados en grandes factorías y que, debido a sus características, el aprecio de los humanos hacia ellas era muy importante, pues al ser tan grandes y comunitarias no permiten que las atraviese el agua; además son muy deformables, con lo cual pueden ser utilizadas para multitud de fines. Sin embargo, mucho me temo que los humanos desconozcan el carácter siniestro y perverso de estas moléculas, porque de lo contrario dejarían de sintetizarlas. Me contó en concreto mi interlocutora como, durante su misión de transporte de agua, ella y sus compañeras dejaban escapar a propósito átomos de cloro hacia el líquido, porque sabían que pequeñas cantidades de esa sustancia son beneficiosas para el hombre, pero a mayores concentraciones...; en este momento emitió una pícara y malvada sonrisa que a mí me estremeció todos los enlaces. Como se percató de que esta historia me había impresionado fuertemente, soltó una gran carcajada y añadió: “Pero aún no sabes lo mejor; mira, cuando te quemem liberarás bastante calor, que ellos emplearán para hacer electricidad y tú te transformarás en dióxido de carbono y agua, con lo que modestamente contribuirás al efecto invernadero. Sin embargo, nosotras seremos capaces de vengarnos por este trato humillante; ¡qué derecho tienen a quemarnos!. Después de pasar por el horno nos convertiremos en dioxinas y furanos, que son pequeñas moléculas cloradas que serán dispersadas a muchos kilómetros de aquí y ellas se encargarán de nuestra venganza, puesto que al ser inhaladas por el hombre le producirán cánceres y otras enfermedades mortales, pero como eso ya lo hace el tabaco, nosotras iremos aún más lejos y las dioxinas se acumularán en el agua y en

la tierra, donde pueden sobrevivir muchos años, y desde allí pasarán a los alimentos para el hombre. Éste será el principal vehículo de nuestra venganza, ya que, además de provocarles cánceres y múltiples enfermedades mortales, dañarán a sus hijos cuando aún no hayan nacido, en forma de crueles enfermedades congénitas. La capacidad destructiva de estas moléculas ya ha sido completamente confirmada, por ejemplo, el agente naranja utilizado en Vietnam ya demostró su eficacia, y era hermano químico de estas dioxinas. ¿No te parece fascinante que a través de la comida de los humanos logremos su destrucción al cabo de muchos meses o años?”. Y añadió entre risas: “¿No conoces a las dioxinas y a los furanos?. Pues bien, mira simplemente hacia arriba”. En efecto, por una gran chimenea salían gran cantidad de moléculas y la mayoría eran desconocidas por mí, salvo las más simples, el mercurio, el plomo, el cadmio, el dióxido de carbono, otros anhídridos, etc,... Entre ellas, si bien es cierto que en número escaso, se emitían unas pequeñas moléculas llenas de cloro, con un aspecto diabólico y terrible, destacando sus enormes garfios y unos colmillos terribles, que mi interlocutora identificó como las dioxinas y los furanos que me había descrito. “¿Son pocas, verdad?”, inquirió la molécula de P.V.C., “pero más que suficientes, te lo aseguro”.

Toda esta historia modificó por completo el concepto que yo tenía de los humanos como seres inteligentes y sensibles; jamás había oído hablar de nadie que se autoaniquilase de forma tan cruel y estúpida. La decepción que me embargaba en aquél momento era indescriptible y, es posible, que si me hubiesen ofrecido pertenecer al último capítulo de Romeo y Julieta ni siquiera lo hubiese aceptado, ya que en mí no existía ni el más mínimo interés por ayudar a estos estúpidos humanos que además habían tenido un comportamiento tan desconsiderado para conmigo.

En ese momento una gran pala excavadora nos elevó sobre el suelo y nos depositó en la cinta transportadora que nos llevaría hacia el horno. Entonces la gran molécula de P.V.C. añadió un último logro a su palmarés: “Ah, y no somos reciclables”. En ese momento inició una larga carcajada que continué oyendo durante un rato , a pesar de que ya la había perdido de vista.

Fuente: Guía educativa para el consumo crítico. Sodepaz. Ed. Los libros de la Catarata.